de nuestro estado. Pero esta costumbre y esta misma ilusion, son miserables recursos que nos consuelan solo engañándonos. No hay hombre de razon que no prefiera la verdad mas triste al error mas risueño; y la verdadera filosofía consiste precisamente en verse uno á sí mismo tal cual es y á todo lo demas bajo su verdadero aspecto. ¿Quién pudiera sostener esta vista si fuese perfecta y tal como el genio de Milton nos la hace concebir, cuando nos representa al ángel del Señor, haciendo subir á Adam despues de su pecado á una alta montaña y desarrollándole el lienzo de todos los males de su descendencia? "¡Oh desgraciada especie humana, podriamos decir con él, á qué humillacion has bajado! ¡Qué estado tan miserable se te reserva! Si conociésemos lo que recibimos, ¿quién quisiera aceptar la vida que se le ofrece, quién no la renunciaria contentándose de que se le dejase en paz (1)?"

Esta miserable condicion de la humanidad acusa á Dios ó al hombre.—Y es preciso abrazar la monstruosidad del ateismo, ó admitir el misterio del pecado original: aquí no hay medio.

No podemos admitir que Dios sea injusto sin negar su ecsistencia, pues no podemos concebirle sino como la justicia misma. Bajo un Dios justo, nadie puede ser desgraciado sin que lo haya merecido. El hombre es desgraciado; lo ha merecido pues; y como su desgracia es hereditaria, la culpa que le ha hecho merecedor de ella debe ser original.

Los que rechazan el dogma del pecado original, como contrario á la justicia divina, deben meditarlo mucho: hay un hecho que no pueden negar, sea cual fuere su causa, esta causa es la infelicidad, infelicidad hereditaria de la humanidad. A vista de este hecho, prescindir del pecado original es descubrir la justicia de Dios mucho mas que pudiera hacerlo la imputacion hereditaria de este pecado, porque seria quitarle todo principio legítimo de accion. Si Dios parece injusto al imputar al hijo la falta del padre, mucho mas injusto seria si le castigase por una culpa que ni siquiera hubiese su padre cometido; y como es incontestable que el hijo está castigado, es preciso admitir, so pena de negar á Dios, que este castigo se funda en una causa cualquiera, que no siendo inmediata, debe ser necesariamente original.

Así todo nos conduce de nuevo á la grande verdad del Génesis.

III. Pero para convencernos todavia mas, volvamos al aspecto psicológico de nuestro asunto, y profundicémosle mas.

La naturaleza corrompida en que nacemos, segun hemos dicho, debe tener su orígen en una mancha original, porque seria contradictorio con la idea de la divinidad y con el lenguaje de la naturaleza entera, que el hombre hubiese salido así de la mano de Dios: él por consiguiente debió ser criado dichoso y bueno: esto es lo que indudablemente vienen á confirmar esos restos de grandeza que aun descubrimos en él.

El hombre en efecto no se halla tan sumido en su corrupcion que nos sea imposible encontrar en él perfecciones que recuerdan su constitucion primitiva; porque tiene la idea del bien, el deseo de la virtud y el secreto instinto del órden. No hay alma tan cadevérica en la cual no luzca alguna vez á manera de sueño el destello de alguna buena accion; y la multitud, en la cual se encuentran mas profundamente grabados tanto en bien como en mal los rasgos de nuestra naturaleza, deja escapar á cada paso en el espectáculo de la virtud aquellos arranques de entusiasmo, aquellas eléctricas simpatías, que alguna vez nos hicieran creer que toda la tierra está poblada de séres celestes. Pero todas estas disposiciones felices se hallan ordinariamente ocultas y como enterradas en nosotros, y solo como accidentalmente salen á la superficie, haciéndose solamente manifiestas á fuerza de trababajos sostenidos. Se asemejan, dice Bossuet, á los escombros de un edificio antes muy ordenado y en estremo magnífico, pero derribado ahora, conservando sin embargo en medio de su ruina algunos vestigios de su antigua grandeza y de la ciencia de su arquitecto[1], ó para traducir este símil en idioma científico, semejantes á las razas fósiles y perdidas en los abismos del alma, que atestiguan la preecsistencia de un órden que ya no ecsiste, y la violencia del trastorno que las hizo desaparecer.

De aquí pues dos mundos, dos naturalezas, dos hombres ecsisten en nosotros que se hallan en lucha continua. En esta lucha, si no viene á nuestro socorro una mano sobrenatural, el hombre perfecto no puede volverse á levantar: tiende sin cesar á caer, y tiene un enemigo que le domina, le derriba y le abruma con su peso. Sin embargo, no es difícil ver que la prioridad de su esencia se encamina al bien, porque desde luego concebimos este bien, lo deseamos, lo aprobamos, y el mal solo viene despues como un usurpador de él, á diezmar todos nuestros buenos propósitos, y á derribar todos nuestros planes de enmienda.—Vemos el bien, pero tomamos el mal:

. . . . . *Video meliora, proboque*
Deteriora sequor,

decia Ovidio, como habia ya dicho Eurípides, como dijo luego Racine despues de S. Pablo; porque los hechos psicológicos sobre los cuales raciocinamos son lo que hay de mas probado y mas constante en la naturaleza humana.

Y lo que decimos del corazon del hombre con respecto á la virtud, podemos decirlo igualmente de su inteligencia con respeto á la verdad, y de todo su sér con respecto á la dicha y al reposo. El hombre lleva consigo este estraño fenómeno de grandeza y de miseria, de orgullo é impotencia, de esperanza y de engaño. Su inteligencia, su corazon, sus sentidos, tres teatros de confusion y de lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre

(1) Paraiso Perdido, canto II.

[1] Bossuet, *Sermon primero del dia de Pentecostés.*

el placer y el dolor, y siempre con esta particularidad maravillosa, que hay declinacion fatal, propension hácia el error, hácia el mal, hácia la miseria y que nos hace subir penosamente y llenos de sudor por las sendas de la verdad, de la justicia y de la felicidad.

Hé aquí al hombre.—Él es para sí propio el misterio mas desconsolador, el enigma mas inesplicable.

Todos los que se han atrevido á esplicarlo, han desacertado, y no han hecho mas que falsear las condiciones del problema.

Los unos en efecto no viendo en él mas que lo que tiene de grande, le han adorado como un Dios; los otros, no viendo en él mas que lo que tiene de bajo y de miserable, le han considerado como un desecho de la naturaleza; un tercer partido, en fin, no atinando en la causa de esta mezcolanza, no ha visto mas que un juego de azar, que ha convertido en un arma contra la Providencia.

Solo la divina filosofía del cristianismo, heredera de la doctrina y de las promesas de la tradicion mosaica, ha dado en la verdadera esplicacion:—"Os engañais, oh sabios del siglo, ha dicho. El hombre no es la delicia de la naturaleza, supuesto que ésta le injuria de tantas maneras: el hombre tampoco es su desecho, supuesto que hay algo en él de mas valor que la naturaleza misma. ¿De dónde proviene pues tan estraña desproporcion? ¿Por qué vemos en él esas partes tan mal combinadas? ¿He de decirlo? Y estas paredes sin plan sobre cimientos tan magníficos ¿no proclaman bastante que la fábrica no está completa?—Contemplad ese edificio, veréis en él las huellas de una mano divina; pero la desigualdad de la obra os dará muy pronto á conocer que el pecado ha intervenido en ella. ¿Qué mezcla es esta, Dios mio? Apenas me conozco. ¿Es este el hombre hecho á semejanza de Dios, el portento de su sabiduría y la obra maestra de sus manos? El mismo es, no lo dudeis. ¿De dónde viene pues esta discordancia? Viene de que el hombre ha querido edificar á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y que se ha apartado de su plan. Así contra la regularidad del primer diseño, lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto, en una palabra, se han encontrado de repente reunidos. Hé aquí la solucion del enigma, hé aquí el fin de toda la duda. La fé nos ha restituido á nosotros mismos, y nuestras vergonzosas debilidades no pueden ocultarnos nuestra dignidad natural [1]."

A medida que nos vamos internando en esta esplicacion, se rectifican mas y mas la estrañas contrariedades de la naturaleza humana.—¿Quién no ve en efecto que la desgracia, lo mismo que el error y el vicio, no pueden jamas mantenernos en la baja condicion en que nos tienen sumidos, ni hacerse connaturales con nosotros, que esta avidez y esta sed inestinguible de grandeza y de felicidad que incesantemente nos estimulan, responden de que en otro tiempo ha ecsistido en esta naturaleza una felicidad inmensa, que ha desaparecido abandonándonos en un abismo de miseria y de indigencia que en vano tratamos de llenar con todo lo que nos rodea? ¿Quién no ve que esta felicidad nos llama siempre á su primer objeto? Todo lo que dijimos *de la inmortalidad del alma* para establecer esta verdad de nuestro porvenir, pertenece de la misma manera á lo pasado. Si todo nos dice que estamos destinados á una felicidad infinita, es porque sentimos en nosotros un vacío donde ella cabe; pero este mismo vacío nos prueba que la habemos perdido, y que al recobrarla, no harémos mas que entrar de nuevo en nuestra antigua posesion. El hombre no es semejante á un pobre que siempre lo ha sido, sino á un rey destronado: lleva siempre en su seno un sentimiento perpétuo de su primer estado: por la manera con que se viste, bajo sus mismos andrajos, es fácil ver que este mendigo ha ceñido corona. Como un proscripto que está siempre atisbando las fronteras de la patria de donde ha sido arrojado, pronto á entrar en su territorio á la primera oportunidad, y ocupado en mil sueños de pronta rehabilitacion, el hombre está desterrado del cielo, conspira incesantemente en su breve vida aspirando á una restauracion de que nunca desespera, sigue desde el seno de todas sus miserias la flotante esperanza de una morada primitiva, que se le presenta de lejos como el reino inmutable de la pureza, de la verdad, de la justicia y de la dicha, sitiando todas sus avenidas en busca de todo lo que hay de verdadero, de noble, de bueno, de bello, de inmortal, las ciencias, las bellas artes, la virtud, la Religion sobre todo. Y aun cuando parece que mas ha abandonado este deseo por la degradacion y el envilecimiento de su sér, todavia se entrega á él, formándose en los miserables ídolos de sus vanidades y pasiones, no sé qué inmortalidad facticia, qué cielo imaginario, qué eden grosero, con lo cual su pervertido pensamiento quiere simular y disfrazar algun tanto la verdadera inmortalidad, el verdadero cielo y el hermoso Eden que ya no se ve; como aquella desconsolada esposa de Hector, de la cual habla Virgilio, que reducida al cautiverio bajo la ley del vencedor, engañaba la viudez de su grande alma, construyendo en su destierro simulacros frágiles de su patria, un falso Simois, un Santo seco, una pequeña Troya, una imágen mezquina de las altas y magníficas torres de Pérgamo.

. . . . . *Falsi Simoentis ad undam*
Libabat cineri Andromache . . . . . .
Parvam Trojam, simulataque magnis
Pergama, et avente Xanthi cognomine rivum [1].

Caida y rehabilitacion, hé aquí pues los dos polos alrededor de los cuales giran todos los misterios de la naturaleza humana.—"Hay en el espíritu humano dos tendencias tan distintas como la gravedad y la impulsion en el mundo físico, dice una mujer que penetró muy adentro con la luz de su genio intuitivo en los abismos del corazon humano;—tal es la idea de una decadencia y de un progreso. Diriamos que esperimentamos á la vez la memoria de algunos

[1] Bossuet, *Sermon sobre la muerte*, punto 2.°

[1] Æneidos, lib. 3.

dones que nos fueron gratuitamente concedidos, y la esperanza de algunos bienes que podemos conseguir con nuestros esfuerzos; de manera que la doctrina de la perfectibilidad y la del siglo de oro, juntas y confundidas, escitan á un tiempo mismo el pesar de una pérdida y el deseo de recobrarla[1]."

Pero esta doctrina del *progreso* ó perfectibilidad, comparado por Mad. de Stael al movimiento de impulsion, se diferencía en un punto capital de la doctrina de la *decadencia*, comparada tambien por ella al movimiento de gravedad. Este punto capital es, que la decadencia procede de la naturaleza del hombre culpable, al paso que la impulsion regeneradora puede solo proceder de un aucsilio sobrenatural, y supone por necesidad la misericordiosa intervencion divina.—Al decir esto no quiero introducir un dogma, sino que apelo siempre al ecsámen de los *hechos*, y á la observacion psicológica é histórica de la naturaleza humana.

En esto viene á parar en último resultado esa grande verdad esperimental formulada por Eurípedes y por Ovidio, á saber; que á pesar de todos nuestros esfuerzos para recobrar el bien, una fuerza peligrosa nos estravia hácia el mal, y que despues de caidos no bastan todos nuestros esfuerzos para volvernos á levantar. Y de aquí proviene que los antiguos, y especialmente Homero y Platon, proclaman en cada página que debemos pedir la sabiduría á los dioses, sin que podamos conseguirla por otros medios, acusilio sobrenatural, que en realidad nunca ha faltado á la virtud cuando la ha merecido con sus esfuerzos y lo ha solicitado con sus plegarias.

Pero este socorro, que siempre ha sido suficiente aun inmediatamente despues de la caida, no se ha dado al mundo, con toda su eficacia y su impulsion verdaderamente victoriosa, sino por *aquel en quien debian ser benditas y santificadas todas las naciones de la tierra*, segun la antigua promesa que se hizo al primer hombre (2). La observacion histórica de la naturaleza humana concurre tambien á formular esta verdad en un hecho de inmensa importancia. Desde el orígen de las sociedades hasta el imperio romano, la naturaleza humana anduvo declinando sensiblemente. La fuerza de gravedad venció en ella á la fuerza de impulsion. Hubo progreso, pero progreso en el error y en el mal. ¿Qué cosa fué la que creció en todo este primer periodo de la historia general de la humanidad, sino el politeismo, la sensibilidad, la corrupcion, la esclavitud y todos los géneros de disoluciones é inhumanidades, y por último, la agonía y la muerte del género humano? Ya lo hemos visto, y seria inútil volver al cuadro que de ello hemos trazado al fin del libro que precede.—Por el contrario, desde que puso el pié sobre esta tierra de maldicion *aquel que debia ser enviado;* desde que la regó con su sangre, ¿no hemos visto que el impulso hácia el bien se hizo superior á la inclinacion hácia el mal, que la naturaleza humana se levantó de su abatimiento, y que débil como era, despedazada y moribunda como estaba, cargada de ruinas y de escombros, se levantó del abismo subiendo por mil caminos diferentes al campo de la civilizacion y del progreso, de este verdadero progreso cuya fuente quiso en vano desviar el panteismo? Esto vemos en tanto que los hechos conservarán su fuerza, y que no dejamos á los sueños filosóficos prevalecer sobre las realidades de la observacion.

Así es como el mundo moral, ya sea que escudriñemos sus arcanos con el aucsilio de la psicología, ya sea que estudiemos los movimientos y los hechos que en su superficie se han obrado, á la luz de la historia, rinde á la parte religiosa de las relaciones de Moisés un homenaje análogo al que el mundo físico escudriñado por la geología rinde á la parte de aquellas relaciones que atañen á la creacion y al diluvio.

IV. Y aun si quisiera adelantar mas la observacion y seguir las huellas de la verdad de Moisés hasta las últimas fibras del corazon humano, me seria fácil el presentarla todavia palpitante con sus mas característicos pormenores.—Aun tenemos, por decirlo así, los dientes enmohecidos por la fruta vedada que comieron nuestros primeros padres, y dirijimos convulsivamente todos los dias la vista y la mano hácia este árbol del *racionalismo*, que mata al alma por la pretendida ciencia *del bien y del mal*, sustituyendo la autoridad del espíritu á la autoridad de la conciencia, sin ilustrar á esta última mas que con el incierto vislumbre de la esperiencia, que procede de abajo y que no deja ver el bien sino al pálido resplandor del remordimiento: todos los dias oimos aun en el fondo de nuestro corazon ese grito de rebelion contra el deber, este *¿por qué nos lo prohibiria Dios?* que es como el silbido de la serpiente: sentimos cómo penetra lentamente y circula alrededor de nuestra alma el atractivo de la prohibicion, y las seducciones del placer que se nos presenta como un *fruto hermoso:* en fin, cedemos á esta promesa del orgullo, cómplice de todas nuestras pasiones: *seréis semejantes á los dioses*, es decir, dueños de vosotros mismos y de una felicidad que será vuestra propia obra; despues de lo cual se deja oir la voz de Dios, la voz del remordimiento; se disipa la ilusion, y nos encontramos despojados de la dignidad y de la estimacion de nosotros mismos, *tenemos miedo porque estamos desnudos*. Hé aquí el continuo ensayo que se repite con tanta frecuencia en nosotros mismos de aquel funesto drama que espone el historiador sagrado, y en el cual todos tuvimos parte en la persona de aquellos en que estábamos contenidos y de que hemos salido todos. ¿Qué hay pues de increible en que la humanidad haya perecido en su orígen por lo que todavia hace al hombre tan caduco y tan perecedero? ¿Y qué falta á este misterio, sino para ser completamente esplicado como doctrina, á lo menos para ser atestiguado como HECHO?—"El nudo de nuestra condicion se complica y enreda en este abismo, dice Pascal; de suerte que el hombre es mas inconcebible sin este misterio, que inconcebible es el mismo misterio para el hombre (1)."

Desde que el cristianismo vino á ilustrar esta esplicacion de nuestra naturaleza, hemos perdido de vista el confuso laberinto en que aquella antes se perdia, y mas ecsigentes á proporcion que mas se nos satisface, quisiéramos una esplicacion misma, como los niños suelen hacerlo, ó como si pudiera Dios hacer otra cosa con nosotros, mas que el ensanchar el límite del misterio, y como si debiese hacerlo sin utilidad positiva y únicamente para satisfacer, ó mejor, para escitar aun mas la orgullosa curiosidad de nuestro espíritu.—Para conocer bien el precio de esta esplicacion, es preciso figurarse cuáles eran los apuros del espíritu humano antes que la hubiese recibido. El grande enigma del mal ha tenido confusa á toda la antigüedad, y la ha detenido como una esfinje colocada á la puerta del templo de la filosofía. Siendo en efecto la filosofía el arte de aplicar el remedio á la enfermedad moral que nos corroe, en la ignorancia en que se estaba entonces del orígen de este mal, no podia dejar de haber equivocaciones en la aplicacion de los remedios, y de disfrazar esta insuficiencia por falsas apariencias de curacion. A esto se hallaba reducida la filosofía antigua. Maestros y discípulos no eran otra cosa que empíricos y charlatanes. El verdadero médico que con el conocimiento del mal debia traernos el remedio, no habia nacido aún.—"La historia, dice un famoso escéptico, es la relacion de las desgracias y de los crímenes de los hombres. No hay ciudad sin hospitales y sin horca, porque el hombre es desgraciado y malo. ¿Pero por qué los paganos nada de bueno tenian que decir sobre este punto? Solo por la revelacion podemos esplicarlo (2)."

V. En último resultado somos para nosotros mismos un misterio de desórden, que solo puede esplicarse por el hecho del pecado original, y que por lo mismo prueba la verdad de este hecho, así como el trastorno interior de la naturaleza física prueba el hecho del diluvio. Por la relacion de Moisés tocante al diluvio es como podemos esplicar los misterios geólogicos, y de la propia manera solo con la relacion de Moisés tocante á la caida del hombre, es como podemos esplicar el misterio de nuestras contradicciones y calamidades. Es menester echarnos en brazos de la revelacion, como dice Baile, para conocernos y encontrarnos en nosotros mismos, pudiendo decirse de la teología de Moisés lo que dijo Cuvier de su cosmogonía: que *es la sola que concuerda con la naturaleza*, la sola que la ilustra y la esplica, y que recibe en cambio este testimonio mas fuerte que todos los raciocinios, porque su evidencia cae bajo la accion del sentido íntimo, y porque para rehusarle es necesario desmentirnos á nosotros mismos.

Pero la teología de Moisés no se limita á indicarnos las causas de nuestro mal, sino que al mismo tiempo nos deja entrever su medicina en la futura redencion del género humano, y nuestra naturaleza viene ademas á confirmar altamente la palabra de Moisés sobre este punto, aspirando á una rehabilitacion, cuyo principio en vano busca en sí misma, y haciéndonosla ver realizada en el seno de la humanidad por aquel que ha sido como el lazo de las dos grandes faces históricas de su destino,—Jesucristo.

De manera que toda la filosofía de la naturaleza humana puede reducirse á esta fórmula:—EL HOMBRE ES UN ENIGMA, CUYO PRIMER TÉRMINO ES LA CAIDA ORIGINAL, Y EL ÚLTIMO LA REDENCION.

Segun esto, la consideracion de que la caida original y la redencion son dos cosas misteriosas, no debe detenernos mas que el carácter milagroso de la creacion y del diluvio ha detenido las inducciones de la geología; porque aun en virtud de esta disposicion del humano espíritu, que aspira á la indagacion de las cosas, y en nuestra imposibilidad de llegar jamas, de llegar enteramente á ella, debemos abrazar con conocimiento unos misterios que nos libertan del mas intolerable de todos los misterios, del que se refiere al misterio de nosotros mismos, y que prueban la verdad oculta en su seno por la luz que difunden á su alrededor,—como aquellas nubes que cubriendo con su oscuridad el disco solar, atestiguan sin embargo su presencia por la espléndida claridad de sus contornos [1]."

CAPITULO IV.

TRADICIONES UNIVERSALES.

La antigüedad filosófica habia caido en la ignorancia del mal, solo por el abuso de las investigaciones del espíritu humano en una materia en la cual ha de abismarse precisamente cuando quiere penetrar por sí sola. Si se hubiese contenido en las sendas de la tradicion, se hubiera conservado esta verdad como otras muchas, porque ha sido siempre atestiguada por el voto universal del género humano.

La caida del primer hombre,—la trasmision de su caida á toda su raza,—la promesa y la esperanza de un redentor,—componen el fondo de las tra-

---

[1] Mad. de Stael, de la Alemania, cap. del Catolicismo.

(2) No es que la gracia suficiente proceda como la gracia eficaz de los méritos del Hombre-Dios, sino que antes de su venida no era sino un destello anticipado, para hablar en el lenguaje comun.

(1) Pensamientos.

(2) Bayle, art. maniqueos.—Ciceron sin embargo, á fuerza de profundizar nuestra condicion, habia logrado encontrar alguna salida, pero no se detuvo en ello, creyendo que habia llegado á la puerta del subterráneo donde la verdad estaba encerrada: "la naturaleza, dice, parece que es para el hombre una madrastra mas que una madre. Le arrojó al mundo desnudo, débil, quebradizo, con una alma atormentada por los cuidados, abatida por el temor, muelle para los deberes, pronta al desórden, pero dotada al mismo tiempo de cierta chispa divina como enterrada entre escombros."—*Haud non ut á matre, sed ut á noverca natura colitus in vitam, corpore nullo et fragili et infirmo; animo autem anxio ad molestias, humili ad timores, molli ad labores, prono ad libidines: in quo tamen inesset tamquam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis.* (*De republica, lib.* II.)

En el estudio siguiente encontrarémos á Ciceron elevándose á superior esfera, con la guia de la tradicion, y rozándose con la causa del mal, cuyos caracteres acaba de describir con tanto acierto.

(1) Hallándose dispuestas las varias partes de nuestros estudios de manera que se esplican y se completan recíprocamente, rogamos al lector que recogiendo las impresiones de cada una de ellas, suspenda y reserve su juicio definitivo hasta que pueda abrazar el conjunto. El estudio á que acabamos de dedicarnos, por ejemplo, encontrará su complemento esencial en el relativo á las circunstancias de la venida y del reinado de Jesucristo.